

**HACER POLÍTICA. LA PARTICIPACIÓN  
POPULAR EN EL SIGLO XIX RIOPLATENSE**

de Raúl O. Fradkin y Gabriel Di Meglio (comps.),  
Buenos Aires, Prometeo Libros, 2013.

ROY HORA

Universidad Nacional de Quilmes - CONICET

Este volumen ofrece un buen panorama del estado actual de la discusión sobre la política popular en la Argentina decimonónica. Compilado por dos especialistas en este campo, el libro se abre con una introducción dirigida a afirmar tanto la legitimidad como las dificultades teóricas y empíricas que supone el emprendimiento. A continuación, ofrece doce artículos que exploran el problema de la participación de los grupos subalternos en la vida pública a partir de la reflexión panorámica sobre una región o una provincia o un grupo étnico, en un recorrido que comprende a las clases populares de Buenos Aires pero también a los sectores subalternos de las provincias litorales, de varios distritos del interior, y que incluso se extiende a los pueblos indígenas de la Patagonia y el Chaco, las clases populares paraguayas y de las ciudades altoperuanas. La compilación incluye además un artículo de síntesis sobre condiciones de vida y un estudio acerca de las ideas de

Sarmiento sobre las clases populares, y se completa con una entrevista al escritor Ricardo Piglia sobre las relaciones entre literatura e historia popular, que es acompañada por «Las actas del juicio», cuento en el que este autor narra el asesinato de Urquiza evocando la voz (¿y el punto de vista?) de un soldado entrerriano. A través de estas diversas aproximaciones se ofrecen ideas y reflexiones sobre los problemas de la historia política de las clases populares, campo de estudio que, pese a su centralidad para la comprensión de aspectos decisivos de la historia argentina del siglo XIX, ha concitado menos atención de la que ha recibido en otras historiografías latinoamericanas.

Esta última observación puede corroborarse al comparar el artículo que abre la compilación con los que le siguen, en el cual Sergio Serulnikov ofrece un agudo análisis de la política popular en el Alto Perú tardocolonial. Apoyándose en la rica producción existente sobre la temática,

Serulnikov explora aquellos aspectos del proceso de politización de la plebe urbana que pusieron en cuestión los fundamentos sobre los que se asentaba la legitimidad del orden colonial –sus instituciones y sus formas de organización social–, enfatizando que ello sucedió mucho antes de que el derrumbe final de la monarquía orientara esa crisis en nuevas direcciones. En este sentido, la inclusión del artículo de Serulnikov en un volumen centrado en las sociedades que en el curso del siglo XIX iban a terminar conformando la Argentina se justifica más por la productividad de su enfoque para pensar la política popular que por la pertinencia de la periodización que propone o las conclusiones que alcanza. En este plano, posee especial relevancia su invitación a dirigir la atención hacia el estudio de las prácticas políticas y cuestiones como las cambiantes nociones de honor y comunidad, más que hacia el plano de las ideas o los discursos ideológicos.

En los demás ensayos, la pregunta por las características de la cultura política popular de la era colonial y su incidencia en el ciclo abierto en 1806/1810, permanece como un interrogante sin respuesta. Los artículos que ponen el foco en el período que sucede a la Revolución parten de la premisa de que lo que verdaderamente cuenta son las innovaciones surgidas con la crisis de independencia. Hasta entonces, sugieren, los únicos actores políticos

sobre los que vale la pena (o es posible) detenerse son las elites.

Esta visión se apoya sobre una hipótesis consagrada hace más de tres décadas por Tulio Halperin Donghi al afirmar que, en lo que se refiere a la participación popular, las novedades que aportó la crisis de independencia tuvieron un impacto profundo y duradero. Atendiendo a las peculiaridades de cada contexto, Sara Mata desarrolla el argumento para Salta, Flavia Macías y María Paula Parolo para Tucumán, Fernando Gómez y Virginia Macchi para La Rioja. Beatriz Bragoni llama la atención sobre un ejemplo particularmente notable de Cuyo en un contexto caracterizado por el derrumbe de las instituciones coloniales y la movilización para la guerra. La trayectoria de Lorenzo Barcala, que pasó de ser un simple esclavo a convertirse en un coronel capaz de liderar cientos de hombres y con fuerte ascendiente sobre la población de color, sólo puede ser concebida como parte de una drástica mutación de la condición subalterna que revela una no menos significativa transformación del universo de las prácticas políticas.

Los ensayos reunidos en *Hacer política* nos presentan numerosos ejemplos de que, bajo el impacto de la militarización y la guerra, el espacio abierto a la participación popular experimentó una ampliación decisiva. Todos los trabajos ponen de relieve que las luchas desatadas luego de

1810, amén de destruir bienes y hombres, también tuvieron una naturaleza políticamente productiva al lanzar a nuevos actores colectivos al escenario público y dar vida a nuevas formas de subjetividad popular. En todos ellos se señala la importancia de la lucha armada no sólo como estímulo para la movilización popular sino también como canal para encuadrarla, como fueron los casos de disputas por la extensión del fuero militar.

En general, los trabajos avanzan menos en el estudio de las nuevas formas de conciencia política que se forjaron al calor de esta movilización. Son aún más escuetas las referencias explícitas sobre cuál fue la dinámica de largo plazo de esta politización popular, qué fuerzas la impulsaron, cuáles la apaciguaron y cuáles fueron sus legados. Los estudios centrados en las provincias nortañas sugieren que, desde la década de 1820, una vez que la guerra de independencia quedó atrás, las clases propietarias y los estados provinciales encontraron un contexto favorable para reafirmar su autoridad. Por ejemplo, las movilizaciones de los indígenas de la puna jujeña de la segunda mitad del siglo estudiados por Gustavo Paz constituyen un fenómeno que se recorta nítidamente contra un panorama en el que las clases subalternas de esa provincia ya habían dejado de incidir en las disputas de las elites dirigentes. Pero al mirar al norte en su conjunto, no queda del todo claro en qué

puntos el nuevo equilibrio supuso un retorno al pasado y en qué aspectos llevó la marca de las intervenciones de los actores populares que contribuyeron a forjarlo.

En otras regiones, en particular el litoral, la política popular mantuvo su vitalidad hasta entrada la segunda mitad del siglo. La Buenos Aires primero rosista y luego liberal y la Entre Ríos urquicista ofrecen los ejemplos más evidentes de este fenómeno. El hecho de que los ensayos que abordan estos casos, a cargo de Di Meglio y Fradkin, sean los únicos que se propongan abarcar todo el siglo es un buen indicio de esta peculiaridad, dejando claro que sólo los proyectos de poder capaces de dotarse de arraigo entre los grupos subalternos estuvieron en condiciones de aspirar a forjar soluciones políticas duraderas. ¿En qué medida la más prolongada gravitación de las clases subalternas en la vida pública de estas regiones fue consecuencia de la permanencia del estado de movilización guerrera, de rasgos propios de esas sociedades menos jerárquicas o de otros factores más específicamente políticos? Por el momento, no contamos con respuestas explícitas a esta pregunta que nos ayuden a explicar esta divergencia respecto al patrón que acabamos de señalar para el interior.

Pero incluso en estos distritos el último tercio del siglo supuso discontinuidades con el pasado. En primer lugar, transformaciones asociadas al cambio social y la

afirmación del orden liberal, que dieron lugar a fenómenos tales como el incremento de la competencia partidaria y la puja electoral, el auge de una cultura de la movilización y la expansión de la prensa política. Al mismo tiempo, ese mayor dinamismo de la esfera política corrió paralelo a una disminución de la gravitación de las clases subalternas en la vida pública, cuya expresión más emblemática fue la formación de lo que en su momento se denominó el régimen oligárquico. La construcción de ese nuevo orden estuvo plagada de conflictos, todavía poco conocidos en lo que se refiere a la participación de los actores sobre los que este libro centra su atención. Esas disputas por el poder, sin embargo, no pueden narrarse bajo la misma clave que los nacidos tras la independencia y parecen obedecer a otras lógicas. Luego de que los gauchos de los distritos andinos experimentaran con dureza la represión estatal en las décadas de 1860 y 1870, vastos segmentos de las clases populares se acomodaron, aparentemente sin mayor resistencia, a una nueva configuración de poder que, en nombre del progreso, les asignaba un lugar secundario, y muchas veces incluso les daba la espalda. Y aun cuando la literatura viene señalando que el mundo político finisecular fue más abierto e inclusivo de lo que relatos como *El orden conservador* (1977) de Natalio Botana nos invitaban a concluir, no quedan dudas sobre el hecho de

que, en el nuevo escenario el margen de iniciativa popular y la importancia de lo que sucedía en la base se volvieron más reducidos que en las décadas que van de Mayo a Caseros o al Ochenta.

Cobran relevancia entonces interrogantes referidos a la naturaleza de los apoyos populares sobre los que se erigió el orden político liberal. Sin muchas guías para abordarlos, Di Meglio parece sugerir que la consolidación del régimen oligárquico supuso la represión de toda forma de política popular, cuya vigorosa presencia sólo volvería a emerger tras la revolución del noventa, a través de la Unión Cívica Radical. Fradkin, en cambio, afirma que para entender cómo se afirmó el proyecto liberal es preciso prestar atención al problema de la construcción de un consenso que en parte excluía y en parte integraba a las clases populares, pero a lo largo de su trabajo el eje de su análisis tiende a desplazarse desde la cuestión de la integración hacia el problema de las resistencias. Pero ello no debe hacernos olvidar que, a la luz de la historia que nos ofrece *Hacer política*, la principal novedad de las últimas décadas del siglo no fue la oposición al avance liberal sino la subordinación de las clases subalternas a ese nuevo orden signado por la primacía de las elites dirigentes y la concentración del poder en el Estado. ¿La clave de bóveda de este proceso de marginación política popular debe buscarse en el poder integrador del pro-

greso material, su impacto positivo sobre el nivel de vida y las aspiraciones de mejora de las clases populares? ¿O debemos privilegiar otras dimensiones, vinculadas al incremento del poder represivo de la nueva configuración de poder? El hecho de que todavía podamos formular estas

preguntas de manera algo simplista revela que ese capítulo de la historia política de las clases populares sigue reclamando más atención de la que hasta ahora se le ha prestado. Entre los méritos de este valioso libro también está el haber invitado a considerar este problema.

